

La literatura ganada como literatura perdida. El canon en la literatura infantil y juvenil


Manuel Valero Gómez

Universitat de València

Abstracto: En las siguientes páginas, nos proponemos reflexionar sobre algunas cuestiones generales referidas a la Literatura Infantil y Juvenil, como pueden ser la constitución de un canon específico para este campo y la idealización en torno al receptor como idea-niño. Para ello nos serviremos del concepto de literatura ganada, expuesto por el profesor Juan Cervera a principios de los años noventa. Merece la pena preguntarse por su vigencia: ¿se ha convertido, en la actualidad, la literatura ganada en literatura perdida?

Palabras clave: Literatura Infantil y Juvenil – literatura ganada – literatura perdida – Juan Cervera – canon

Introducción

 El estudio de la Literatura Infantil y Juvenil (LIJ) no deja de ser un tema espinoso y complejo que invita al investigador a la conceptualización errada más que a la disertación clarividente y eficaz. Como podrá imaginar el lector, las investigaciones que se ocupan de la LIJ, normalmente, dan por sentados unos elementos formales que rodean algunas cuestiones previas que tienen que ver propiamente con este (sub)género cuando no convierten sus antecedentes históricos en una caterva confusa, desabrida e inquietante de nociones disímiles. Huelga decir, y al hilo de estas palabras iniciales, que deberíamos entender la Literatura Infantil y Juvenil como un fenómeno que hasta hace bien poco, pongamos desde los años ochenta hacia acá, era *terra ignota* (Cendán Pazos 11). No obstante, el interés que ha despertado durante las últimas décadas del siglo XX viene acompañado por otras materias en evidente despegue como la lectura (Cavalló y Chartier; Aullón de Haro 9; Arlandis y Reyes-Torres 11-15), el lector o el papel de la mujer en la literatura.

Si bien la popularidad y auge comercial de la LIJ es patente, no podrá negarse del mismo modo que repentino éxito haya encontrado desarmadas las huestes de la historiografía literaria tradicional. Por ejemplo, y a propósito de un tema que será nodal a lo largo de estas páginas, la profesora Gemma Lluch (2007) coordina un volumen que cuestiona –gracias a la procedencia oral de buena parte de la narrativa que hoy conocemos como literatura para niños– la invención de una tradición literaria. O Pedro

Cerrillo (“Literatura infantil y universidad”, 11), por citar otra voz autorizada, que señala a la altura de los años noventa que la Literatura Infantil es un asunto novicio en las aulas y departamentos universitarios. De hecho, solo durante los años 80 de la centuria pasada se duplican los índices registrados durante toda la posguerra. Según las estadísticas de los últimos años, el Libro Infantil y Juvenil es el único que resiste creciendo incluso tanto en su publicación (en 2014 más de 16.000) como su venta (casi 300 millones de facturación en 2014). Al albor de estas cifras, no nos extraña que el Libro Infantil y Juvenil sea el protagonista de multitud de Ferias del Libro, jornadas, certámenes literarios e incluso que tenga un día en su honor (2 abril, desde 1967, coincidiendo con el nacimiento de Hans Christian Andersen).

De qué hablamos cuando hablamos de Literatura Infantil y Juvenil

Pese a que ayer mismo la LIJ era un “hecho aislado” (Cerrillo, “Literatura infantil y universidad” 11), las colecciones editoriales han poblado sus catálogos de antologías, traducciones y estudios dedicados a este propósito. Véanse sino los esfuerzos de críticos y gabinetes de mercadotecnia por establecer un canon bibliográfico de la Literatura Infantil y Juvenil (Cendán Pazos; Cano y Barrena; Bermejo; Tejerina; Cano y Pérez; García Padrino, *Formas y colores*; Pagès; Arizaleta) a pesar de que continúa siendo –como señaló Hunt en alguna ocasión– una “criatura amorfa y ambigua, difícil de clasificar” con una notable carencia de tradición académica (Amo 15). Pero en todo caso, y respondiendo a una pregunta fundamental (de qué hablamos cuando hablamos de Literatura Infantil y Juvenil), la LIJ arrastra una retahíla de tópicos (Cervera, *Teoría de la Literatura Infantil* 9-10) que impiden –más allá del descubrimiento de un mercado en potencia– su pleno desarrollo como disciplina autónoma. Merece la pena cuestionarse, como así pretendemos a lo largo de este trabajo, si todos aquellos miembros que componemos la LIJ (huimos de un criterio abstracto; hacemos referencia a los escritores, mediadores, editoriales y lectores) hemos superado aquellos problemas que se planteaban durante los años noventa, cuando la literatura especialmente dedicada a los jóvenes echaba andar con mayor firmeza¹.

Además, incluso, persiste la vigencia de algunas polémicas que ponen entre interrogantes la propia noción de Literatura Infantil y Juvenil. Se trata de una cuestión que aborda la formación ontológica del propio concepto: ¿puede hablarse de Literatura

¹ Juan Cervera (“Problemas de la literatura escrita para niños”) expuso a la altura de 1989, durante unas conferencias impartidas a propósito del Curso de Verano *Literatura Infantil: teoría, crítica e investigación* celebrado en Cuenca en julio de ese mismo año, una serie de problemas –entre intrínsecos y endémicos– de la Literatura Infantil y Juvenil: la falta de investigación adecuada, la escritura como acto de comunicación con los niños, la selección de los temas como respuesta, la necesidad de un lenguaje compartido, la adecuación del estilo y la contribución a la educación del niño lector. Ponemos especial hincapié en las dificultades que detectó en su momento el profesor Cervera y, aún a sabiendas de que muchas de ellas han sido sobradamente discutidas a lo largo de estas últimas décadas, nos planteamos si han sido superadas y cómo.

Infantil y Juvenil cuando ni tan siquiera manejamos con cierta solvencia una definición para el término de Literatura?² La ambigüedad de la LIJ a la que aludíamos más arriba no es más que el resultado del estudio sobre las relaciones, proximidades y diferencias entre los términos Literatura e Infantil / Juvenil (Cervera, *Teoría de la Literatura Infantil* 11). Esta caracterización de una realidad palpable de la producción textual no deja de ser más que una “aproximación”, una “hipertrofia teórica”, que resume el estudio de la literatura a un “fenómeno objetivo, interpersonal y conceptualmente inmutable” (Álvarez Amorós 14). O acaso el término infantil como acompañante de literatura no ha sido siempre puesto en duda por la carga valorativa que despierta y los prejuicios que suscita (Amo 17-18). Yendo un paso más allá, Sánchez Corral opone los defensores y detractores de la teoría de la Literatura Infantil y Juvenil como género³.

En cualquier caso, y pasando a los clichés que predominan en los manuales sobre esta materia, el niño es un nexo común –y al mismo tiempo– un ente difuso a la hora de configurar el texto literario en un relato historiográfico. A su vez, el niño se ha convertido en un estigma –entiéndase la expresión– que si bien dogmatiza la LIJ como género, al mismo tiempo condiciona su percepción social. Una buena muestra de estas palabras es el entendimiento de la LIJ como un coto dominado exclusivamente por la pedagogía. Y en cierto modo, tal confusión es entendible a la vez que una de sus principales lacras (Sánchez Corral, *Literatura infantil y lenguaje literario* 111). Si nos remontamos a la cronología básica que se ha establecido en torno a esta materia, la pedagogía protagoniza un buen puñado de siglos. En este sentido, dos voces de peso

² Merece la pena señalar que la mayor parte de la bibliografía científica sobre el tema aborda exclusivamente la cuestión infantil, tanto desde el punto de vista de la obra como del lector. En las siguientes páginas hablaremos de la Literatura Infantil y Juvenil sin distinción previa, considerando, no obstante, las diferencias lógicas e intrínsecas que marca la edad y que el lector sabrá apreciar. En cualquier caso, llamamos la atención sobre un campo de estudio poco profundizado como es el de la separación –o no– entre literatura infantil y literatura juvenil. Por ejemplo, el profesor Juan Cervera (*Teoría de la Literatura Infantil* 260) señala como diferencia fundamental que “la literatura infantil debe responder a las necesidades del niño, y debe hacerlo mediante respuestas globales que operen sobre su inconsciente, [porque] la literatura juvenil tiene que estimular la capacidad de análisis del joven y potenciarla”. Consúltese a su vez el capítulo que García Padrino (*Así pasaron muchos años*) le dedica a esta cuestión, “Vuelve la polémica: ¿existe la literatura...juvenil?” (213-234).

³ El profesor Sánchez Corral (*Literatura infantil y lenguaje literario* 90-91) establece una hoja de ruta que puede representar una buena esquematización de la cuestión en los albores del despegue comercial y editorial de la LIJ: “Entre los partidarios de la existencia incuestionable cabría citar, en su calidad de ejemplos significativos, a C. Bravo Villasante y a J. Cervera. A la primera, por la defensa que hace de la tradición histórica de la literatura infantil como realidad literaria, incluso más allá de la existencia histórica del niño como sujeto individualizado. Al segundo, por sus apasionadas y rigurosas propuestas en aras de una dignificación teórica de la materia y de la adquisición del *status* científico y académico pertinente. [...] “Entre aquellos que niegan la posibilidad artística de la escritura destinada a los niños, cabe mencionar, aparte de la conocida posición de B. Croce y también como ejemplos paradigmáticos, a J. M^a. Carandell, a Lolo Rico y a R. Sánchez Ferlosio. Las reflexiones de estos tres autores se amparan, de manera coincidente, en el carácter irrenunciable de la competencia estética que ha de definir inherentemente cualquier práctica escrita para que ésta pueda ser considerada como literatura”.

como Carmen Bravo-Villasante (22) y Teresa Colomer (*Introducción a la literatura infantil y juvenil* 71) relacionan inseparablemente los inicios de la literatura escrita para la infancia con la pedagogía⁴.

Aunque por el momento dejaremos de lado el aspecto de *obra clásica* en la LIJ, sí que nos interesa la disputa que el didactismo moralizante ejerce contra la estética del texto literario, y en concreto aquel que hoy conocemos como infantil o juvenil. Así, aquello que Seve Calleja (33) denomina como literatura didáctica en la especialidad infantil se desarrolla principalmente desde la Edad Media hasta el siglo XIX (Bravo-Villasante; Cervera, *Teoría de la Literatura Infantil* 19). Como es sabido, esta vertiente entra en conflicto con el tópico de la fantasía gracias a la difusión de los cuentos populares (Colomer, *Introducción a la literatura infantil y juvenil* 71) y de las primeras traducciones de algunos libros emblemáticos –*Robinson Crusoe* (1719) de Daniel Defoe y *Trabajos de Gulliver* (1726) de Jonathan Swift– durante el siglo XVIII. Esta dialéctica pedagogía / fantasía puebla todos los caminos que la Literatura Infantil y Juvenil recorre desde entonces hasta nuestros días. En España, la relevante labor de figuras como Cecilia Böhl de Faber (bajo el pseudónimo de Fernán Caballero) y su discípulo el jesuita Luis Coloma que recogen el material folclórico y popular entabla disputa con las ficciones fantásticas del folclore europeo y las traducciones de narrativa de acción que poco a poco llegan a nuestro país. O dicho con otras palabras, el realismo y los retablos costumbristas conviven al mismo tiempo en España junto, por ejemplo, al conocimiento enciclopédico y científico de Julio Verne o el espíritu aventurero de *Los tres mosqueteros*. No será hasta el siglo XX cuando la imaginación, lo absurdo, el disparate y el entretenimiento comiencen a adentrarse en los límites de lo que hasta ahora conocíamos como Literatura Infantil y Juvenil.

Literatura ganada o construir en el vacío historiográfico

A la luz de todo lo dicho, parece obvio que dos características –la pedagogía y el niño como receptor/lector– sesgan cualquier bosquejo sobre esta disciplina. Por un lado, ya hemos visto que el didactismo ensombrece cualquier intento comunicativo (más que literario) con los niños antes del siglo XIX. De hecho, el punto de inflexión conviene instaurarse a la altura del siglo XVIII, cuando cambia completamente la visión social que se infiere sobre la idea-niño. La superación del “hombre en miniatura” (Amo 80) representa la aceptación de unas realidades culturales muy concretas como la

⁴ Gracias a Bravo-Villasante (48) conocemos que “los escritores pedagógicos se multiplican durante el siglo XVI, siglo de oro de la pedagogía, y durante el XVII” pudiéndose citar, entre muchos otros, a Saavedra Fajardo (1584-1648), Juan de Huarte (1530-1595), Juan de Iciar (1523) y Pedro Simón Abril (1530-1590). Esta autora también destaca *El lazarillo de Tormes* (30-33) como una excepción dentro de nuestra literatura hasta el siglo XIX, puesto que el protagonista es un personaje infantil. No queremos olvidar otros antecedentes como *Orbis pictus* de Amos Comenius en Alemania y Charles Perrault (1628-1703) en Francia.

alfabetización total de una sociedad o la disposición económica de todos los estratos sociales para acceder a tales manuales ejemplarizantes.

Este planteamiento repercute directamente en el verdadero problema de la disquisición de la LIJ como género propiamente dicho. Es decir, se habla de Literatura Infantil y Juvenil en tanto en cuanto se considera comúnmente que el receptor es un niño. O mejor, que dicha obra se ha escrito pensando en el niño como lector. Dejando a un lado una visión optimista de los jóvenes (Teixidor, “Literatura juvenil: las reglas del juego”) y las nuevas maneras de odiar la literatura desde la escuela (Rodari), este didactismo perfila la consolidación de una determinada burguesía y arrastra hasta hoy un mensaje moralizante basado en ideas más relacionadas con el humanismo rancio de nuestro tiempo como el rechazo de la guerra, la ecología, las drogas o las habilidades sociales. En consecuencia, y tomando como medida la confusión que esta relación provoca, podría decirse que se produce una traslación del modelo (Eco 87) de lector-receptor autónomo (Mendoza, *La educación literaria* 35) a un niño modelo perfectamente identificable con una situación socioeconómica específica a lo largo y ancho del cauce historiográfico.

Esta perspectiva retoma la polémica que hemos señalado más arriba a propósito de la categorización de la Literatura Infantil y Juvenil. De este modo, aquellos que defienden la emancipación de la LIJ como género propio —es decir, el niño-lector como vértice inaplazable para la propia condición del término— sostienen tres pilares fundamentales: la teoría de la recepción⁵, la pragmática literaria⁶ y la teoría de los polisistemas⁷. Marisa Bortolussi (132), por su parte, delimita una naturaleza textual sometida a la tipología receptora. Así se ha cristalizado una consideración general en torno a la LIJ, puesto que cuando hablamos de este tipo de textos entendemos, por defecto, una comunicación establecida entre un autor adulto y un lector infantil o juvenil. Que no sería más que caer nuevamente en la teoría de los polisistemas y la aceptación de que cada “género tiene sus reglas” (Teixidor, “Literatura juvenil: las reglas del juego” 12)⁸.

⁵ Como es sabido, durante la segunda mitad del siglo XX se pone en boga la estética de la recepción. Sobre los fastos del *New Criticism*, dos profesores (Jauss e Iser) de la Universidad de Constanza dan el pistoletazo de salida poniendo el foco sobre el lector y la interpretación abierta de las obras. Queremos hacer constar que la teoría de la recepción y el nacimiento crítico-científico de la Literatura Infantil y Juvenil no solo van de la mano, sino que puede considerarse como un camino abierto (al menos por parte de los defensores de esta disciplina como género literario) por esta estética. Para esta cuestión, consúltese Jauss, Mayoral y Warning.

⁶ Véase Reyes, Escandell, Bertuccelli y Pozuelo Yvancos.

⁷ Véase Even-Zohar e Iglesias Santos.

⁸ Este camino en el estudio de la materia permite retomar el asunto de dos tópicos que hemos señalado como capitales: la pedagogía y la fantasía / imaginación. Como ya se ha dicho, la pedagogía sigue sembrando de confusión los estudios sobre la LIJ, y no será extraño pensar que la literatura continúa “aplastada bajo el peso del didactismo” (Bravo-Villasante 108). Dicha afirmación no supone negar la evidencia de los libros infantiles como elemento de intervención socioeducativa (Bassa i Martín 1995), sino que sería ampliar esta consideración a un marco más abierto en el que interviene la Literatura en

En la otra orilla, aquellos que están a favor de la estética textual insisten en criticar la preponderancia del receptor como tótem nodal, ya que la división de la literatura en compartimentos estancos (Soriano 461; Carandell) –lo que supone la negación de la teoría de los polisistemas– ahonda en la tesis de la Literatura Infantil y Juvenil como un concepto ficticio y originado a partir de un vacío y de las necesidades de un mercado. O dicho de otro modo, la especificidad del niño como fundamento irrenunciable implica tanto la visión y restricción de los adultos en tanto en cuanto los lectores condicionan la escritura y la conducen a un sector propiamente económico en el que pasan a ser entendidos como público (Janer 115).

Justo en este momento, en el más profundo cuestionamiento de la Literatura Infantil y Juvenil como ente independiente o subgénero, abordamos el trasunto que centra el interés de estas páginas. Como veremos en el siguiente epígrafe, el profesor Juan Cervera propone la nomenclatura de *literatura ganada* para una serie de obras que si bien no se consideran estrictamente para niños se han convertido definitivamente en clásicos para los lectores comprendidos entre estas edades. Pero, e insistimos en las ideas que hasta ahora hemos propuesto, este concepto viene a llenar el vacío y la duda que gira en torno a la propia (re)creación del mismo término de Literatura Infantil y Juvenil: debido a que 1) su supervivencia se ha levantado sobre una tradición supuestamente autóctona que no deja de tener el mismo origen que la Literatura en general (oral, folclore y popular); y 2) la falta de acuerdo, rigideces teórico-críticas en algunas ocasiones, son un síntoma evidente de las limitaciones e imposturas a las que se ha llegado tan solo para huir hacia adelante frente a la problemática que ciñe las dialécticas emisor-receptor y autor-lector.

De la literatura ganada a la literatura perdida (*Frodo lives*)

Más allá de la distancia que parece separar estas dos dialécticas, las cuales representan las posiciones tanto de los partidarios de la teoría de la recepción como de la apuesta estética, la identidad textual es el principal eje-problemático que sigue impidiendo avanzar a la Literatura Infantil y Juvenil fuera de un vacío teórico-programático. Es decir, la conceptualización que trae consigo la adjetivación de infantil

general. De ahí el empeño de críticos, profesores e incluso pedagogos por enumerar un puñado de funciones (Colomer, *Introducción a la literatura infantil y juvenil* 15-62; Bassa i Martín 84) que inciden en poner el foco sobre lo infantil más que sobre lo literario, que inciden en una “excesiva supeditación a la escuela básica y a la pedagogía” (Cerrillo, “Literatura infantil y universidad” 13). Tres cuartos de lo mismo sucede con el binomio fantasía / imaginación. Entiéndase en cualquier caso que, aunque muy próximos, son conceptos diferenciados. Véase sino que el paso de la LIJ del siglo XIX al XX ha sido estudiado como el repliegue de la fantasía a la imaginación (Held) y casi una característica innata en la morfología del cuento (Propp). Este reduccionismo solo contribuye a alimentar ese lirismo pseudo-científico que convierte al niño en un personaje extraño y desconocido, mientras que la imaginación / fantasía como un valor abstracto ajeno al sustrato social que la produce. Finalmente, y cogiendo el rábano por las hojas, valdría preguntarse aquella vieja antinomia que se cuestiona si se puede y debe educar (Wyneken 54).

/ juvenil (Amo 17) pervierte desde el principio un análisis riguroso (Rico 8) porque pone contra las cuerdas los aspectos de la competencia literaria⁹. Y acudamos ahora al centro mismo del vacío, la posibilidad de las producciones textuales presenta una doble dirección desde el mismo momento en el que entra en juego la etiqueta “Infantil y Juvenil”. En consecuencia, estamos dando vueltas alrededor de una entelequia: la Literatura Infantil y Juvenil como artificio pasado por el filtro de una objetivación.

Póngase el ejemplo de la (re)construcción de una tradición literaria puesta al servicio de la LIJ. Todavía hoy, y pese a que son cuestiones más propias de los géneros literarios, existe una confusión evidente cuando se alude a sus orígenes. La triada oral / popular / folclore es el principal argumento de todos los estudios que pueden consultarse a este respecto. Si atendemos al escaso medio siglo de tarea investigadora en la materia y la agria disputa a raíz de su naturaleza ontológica, llama profundamente la atención que –estos mismos orígenes– no se aparten un milímetro tan siquiera de los primeros pasos de aquello que entendemos como Literatura, en mayúsculas y sin adjetivación que valga. Este hecho afecta igualmente a las variantes genéricas del teatro y la poesía en tanto que existe ese “oscurantismo” (Cervera, *Historia crítica del teatro infantil español* 17-21) o folclorismo confuso (Bravo-Villasante 135) como una suerte de vacío adánico. No estará de más señalar las dificultades y diferencias lógicas que afloran entre la tradición oral y escrita (Bryant), el cuento popular y literario (García Padrino, *Así pasaron muchos años* 164) que –por ejemplo– conducen a entremezclar el carácter oral con el popular (Cerrillo, “La literatura infantil de tradición oral en el fin de siglo”; Rodríguez Almodóvar).

Desde un punto de vista abstracto, la única posibilidad de que un texto cumpla plenamente el sentido literal de la LIJ remite a que responda a una intencionalidad previa en la escritura, así como a la consagración de un lector modelo anterior (la idea-niño). Sin embargo, la realidad es bien distinta y presenta ambigüedades. De ahí que incidamos en el hecho de que las dos posiciones que hasta ahora se han ocupado de estudiar la disciplina no constituyen y construyen sino el mismo vacío. Explicado con otras palabras, las opciones de un doble destinatario y una doble posibilidad estética están igualadas. Por ello, buena parte de los libros pueden ser leídos tanto por un adulto como por un niño, al mismo tiempo que puede encuadrarse tanto en el marco de la Literatura general como más específicamente Infantil y Juvenil. Desde luego, este vacío de fondo es un síntoma claro de la perversidad escolástica y del afán positivista de cómo nos ha sido enseñada la Literatura.

Es decir, este oscurantismo adánico junto a la desatención del texto como realidad mixta (niño/adulto) ha posibilitado la (re)construcción de ese vacío en un subgénero y tradición literarios, que hoy ha desembocado en un poderoso mercado

⁹ “La comprensión profunda de un texto implica la identificación de los valores semióticos (recogidos en los sistemas estéticos, culturales, ideológicos...) y, además la integración de estos en el espacio personal de la experiencia estética y de la competencia literaria” (Mendoza, *El intertexto lector* 74-75).

editorial. ¿Cómo se entiende si no que nuestra Literatura Infantil y Juvenil se haya querido (re)construir sobre los mismos pilares que levantan la Literatura Española? Dicho de otro modo, ¿puede sustituir el Libro Infantil y Juvenil a una obra clásica fuera ya de su alcance todo orbe relacionado con las adaptaciones, antologías e ilustraciones? El caso es que el encasillamiento o no de una obra infantil / juvenil (a excepción de aquellas que están exclusivamente destinadas a este público) está sujeto a una lectura deformante. O acudiendo a la bibliografía científica, la Literatura Infantil y Juvenil es un espectro de las obras literarias (Seve Calleja 20-30).

Precisamente en este punto, planteamos el término *literatura ganada* que Juan Cervera acuña, a finales de los años ochenta, como velo teórico a la hora de mantener en el aire ese vacío de ambigüedades sobre el que se ha erguido la Literatura Infantil y Juvenil. La primera huella de literatura ganada en la producción investigadora de Cervera se puede encontrar en el artículo “En torno a la Literatura Infantil” aparecido en la revista *Cauce* en el año 1989. Estas once páginas fundamentales serán ampliadas en otro trabajo posterior –“Problemas de la literatura escrita para niños” (1990)– así como en el magnífico volumen titulado *Teoría de la Literatura Infantil* (1991), el cual recoge la primera referencia citada. El propósito inicial del autor, o al menos así se desprende de su lectura, es ofrecer una clasificación según las tres diferentes manifestaciones que acoge la LIJ. En consecuencia, la literatura ganada se diferencia de la creada e instrumentalizada por ser “aquellas producciones que no nacieron para los niños, pero que, andando el tiempo, los niños se las apropiaron o ganaron, o los adultos se las destinaron, previa adaptación o no” (Cervera, *Teoría de la Literatura Infantil* 18).

Como parece lógico, Cervera propone diferentes perspectivas sobre la literatura ganada. Si bien engloba principalmente aquellos libros que han sido naturalizados como infantiles / juveniles pese a ser considerados de adultos, Cervera también cita las adaptaciones y la tradición oral como vértices propios de esta delimitación teórica. Sea como fuere la literatura ganada ha existido siempre, a saber, la distinción entre tipos de lectores (adultos / infantiles) es tan reciente como interesada:

Entretanto, los niños, que se encuentran solos, van convirtiendo en literatura infantil casi todo lo que cae en sus manos, como años más tarde se apropiarán del Robinson Crusoe y del Gulliver. Pues, así como un libro escrito para niños no supone forzosamente que sea literatura infantil, del mismo modo puede ser literatura infantil lo que no está destinado para ellos. Por eso en estas épocas inciertas para los pequeños, en que casi no existe una literatura especializada, hemos de suponer que el niño se divertía con los absurdos *disparates trovados* de Juan del Encina (1496), tan cómicos y extraños como la pintura del Bosco, tan cercana al mundo de la infancia, para la que resultan posibles las más raras asociaciones. (Bravo-Villasante 30)

Así, el concepto de literatura ganada va más allá de lo que a primera vista parece, puesto que articula toda posible solución a las ambigüedades y dificultades que el objeto LIJ presenta por sí mismo. Es decir, y como vamos a ver, Cervera pretende resolver con la literatura ganada el vacío adánico de la tradición infantil y juvenil, así como las confusiones existentes entre procedencia oral, popular y folclore. Por estos motivos, instaura a la altura del siglo XVIII los inicios de una literatura expresamente pensada a partir de la idea-niño. Por un lado, dota de un falso evolucionismo a una supuesta historia de la LIJ mediante una secuencialización que ignora fracturas, inflexiones e incoherencias propias de cada coyuntura histórica. Mientras que, por otro lado, el investigador resuelve el servilismo de la LIJ hacia la teoría del receptor –tan poco tratado por la crítica– señalado más arriba.

En todo caso, la literatura ganada no solo construye toda una espesura teórica a partir de una impostura, un “espectro”, una lectura deformante o un vacío; sino que pone en jaque una falsa necesidad que nace en el mismo instante en el que el positivismo urge a encontrar ese lector concreto (idea-niño) o esa intencionalidad concreta (y ahí la pedagogía, el didactismo y la fantasía / imaginación). O dicho de otro modo, el punto de vista siempre antecede al objeto (Saussure 286). Es decir, la articulación de una problemática (y un vacío) ha creado la necesidad de estructurar un subgénero literario y una tradición según un reduccionismo tal como el de un género mixto (Fernández López 17-18) o un doble destinatario (Cervera, “En torno a la Literatura Infantil” 165) cuando, en realidad, existen tantos géneros y destinatarios como uno se proponga encontrar. Que significa tanto como decir que la Literatura Infantil y Juvenil ha levantado una frontera sobre una situación que siempre había estado allí libre de alforjas: el concepto de perro no ladra, dice Spinoza.

De algún modo, coincidimos con Cervera (“En torno a la Literatura Infantil” 17) cuando señala que este planteamiento (este vacío creado) condiciona la lectura de todo tipo de libros por parte de adultos, educadores y departamentos editoriales. Este determinismo esconde el peldaño decisivo que se produce hacia el siglo XVIII cuando –gracias a la imprenta, las traducciones y las adaptaciones– los lectores de temprana edad pasan de la lectura íntegra de los textos a recibir las atenciones de un mediador. De ahí, por ejemplo, que la historiografía de la LIJ insista en igualar sus primeros pasos a la Literatura corriente mediante los cuatro pilares de la escritura medieval (*El Cantar del Mio Cid*, *Milagros de Nuestra Señora*, *Cántigas* y la poesía lírica tradicional). O, por citar otra muestra, que por la misma época comiencen a estandarizarse como infantiles / juveniles las traducciones adaptadas al español de escritores como Jonathan Swift, Defoe, Dumas o Verne.

Esta proyección positivista –que incluso Cervera (*Teoría de la Literatura Infantil* 276) matiza a propósito de la literatura ganada y creada– permite llegar a varias conclusiones. En primer lugar, el férreo control que han ejercido –y ejercen– los adultos (desde hace dos siglos a esta parte) a la hora de adecuar los textos a una idea-niño y a sí mismos (Fernández López 13-18). Y, en segundo lugar, esta mediatización no solo es

conocida por el mercado editorial gracias a los paratextos y catálogos, sino que incluso ha recorrido el camino inverso (Fernández López 23). Un ejemplo brillante de las adaptaciones de los clásicos es el relato titulado “La tela de Penélope o quién engaña a quién” de Augusto Monterroso. Asunto bien distinto son las adaptaciones que han sufrido algunos géneros literarios (Colomer, *Introducción a la literatura infantil y juvenil* 137-142) y que acentúan esa “frontera inestable entre la literatura infantil y la adulta”.

Sin embargo, la calidad literaria de una obra no condiciona –como requisito de la literatura ganada– un doble destinatario (Cervera, “En torno a la Literatura Infantil” 165; *Teoría de la Literatura Infantil* 270). Por el contrario, en la actualidad, se ha producido un profundo descrédito en aquellos libros que hemos considerado ganados por los lectores recién iniciados. Si tomamos como válido el eje-cronológico que la tradición literaria infantil y juvenil ha configurado nos daremos de bruces con un empobrecimiento de la afición lectora (atendiendo a las modas y listas de ventas) entre los jóvenes: ¿cómo se explica si no que los estandartes de la literatura ganada estén siendo dejados de lado en favor de la mercadotecnia? Hablamos de una inabarcable retahíla de títulos como *Alicia en el país de las maravillas*, *La isla del tesoro*, *Oliver Twist*, *Las aventuras de Robin Hood*, *Las aventuras de Sherlock Holmes*, *Moby Dick*, *El fantasma de Canterbury*, *El principito*, *Platero y yo*, *La cabeza del dragón*, *Historia de una escalera*, *El hobbit*, *El príncipe destronado*, etc.

A día de hoy, y como consecuencia de un proceso a medio plazo, se han naturalizado como lecturas infantiles y juveniles –como lecturas ganadas finalmente– una serie de géneros, autores y libros que, entre otros y a grandes rasgos, responden a etiquetas como motivacionales / autoayuda mediante un moralismo espiritualista (Paulo Coelho) o didactismo en clave mística (Robert Fisher), el terror (Stephen King, R. L. Stine), la novela negra (Stieg Larsson), histórica, gráfica y reportajeada (Carlos Ruiz Zafón), la fantasía (J. K. Rowling, George R. R. Martin) o una ficción romántica entre vampiros (Stephenie Meyer). Finalmente, queremos incidir en la idea de que no se ha producido necesariamente un aumento de la calidad de la Literatura Infantil y Juvenil, tal y como señala Cervera (“En torno a la Literatura Infantil” 165; *Teoría de la Literatura Infantil* 270); en todo caso, se puede observar una especialización en aquello que razona –en aquello que (re)construye sobre un vacío historiográfico– como libro exclusivamente infantil / juvenil a la vez que la literatura ganada se ha pervertido enormemente debido al clientelismo y dominio editoriales.

En otros términos, los géneros recientemente citados han copado el interés de nuestros jóvenes mediante el disfraz de la literatura ganada y la difusión del cine, los *mass media* y la publicidad. Y aquí se encuentra la reflexión principal de estas páginas, el concepto de *literatura ganada* que propone el profesor Cervera durante los primeros pasos del (sub)género en España se ha convertido, en la actualidad, en una *literatura perdida*, en tanto en cuanto presenta unos parámetros literariamente mediocres sostenidos exclusivamente por el canon publicitario. Dicha afirmación contiene sus matices, excepciones y lógicas salvedades que merecen ser explicadas. Solo estamos

valorando el cambio que se ha generado de un extremo a otro del mismo eje-cronológico propuesto por la tradición de esta disciplina: digamos que el terreno ganado por Julio Verne, Wilde, Dumas, *Platero y yo* más algunos títulos y autores que se pusieron en boga durante el tramo finisecular (como *El guardián entre el centeno* y *El lobo estepario*) ha sido perdido en favor de las series televisivas infantiles, las sagas de aflicción romántica, la narración de Disney y los alrededores más turbios de la literatura calificada para adultos. Siguen quedando, como no podía ser de otra forma, autores y obras que ya se han convertido en clásicos de la LIJ (*Manolito gafotas*, *Memorias de una vaca*, *Caperucita en Manhattan*, *Morirás en Chafarinas*, etc.) y que han ayudado a superar tabúes como la guerra, el sexo y las drogas.

A fin de cuentas, este hecho debe considerarse como un daño colateral de la mercantilización del conocimiento (Bauman 30) y la consolidación de la educación como un producto antes que un proceso (Myers 262). Aquello que resulta alarmante, en todo caso, es comprobar desde la distancia cómo un vacío ha sido ocupado íntegramente por el interés crematístico. En otras palabras, la lectura deformante que ha originado ese espectro que conocemos como LIJ está, actualmente, dominado por un sistema económico que más que influir decisivamente en el mediador de los lectores jóvenes es –simple y llanamente– el mediador mismo. Siempre nos quedarán las protestas que los jóvenes realizaban a propósito del aburrido sistema escolar al que se ven sometidos: las paredes aparecían pintadas con el lema *Frodo lives* (Teixidor, “Literatura juvenil: las reglas del juego” 14).

OBRAS CITADAS

- Álvarez Amorós, José Antonio. “Crítica y superación de la especificidad literaria.” *Teoría literaria y enseñanza de la literatura*. AA. VV. Ariel, 2004, pp. 13-62.
- Amo Sánchez-Fortún, José Manuel de. *Literatura infantil: claves para la formación de la competencia literaria*. Aljibe, 2003.
- Arizaleta, Luis. *Circunvalación. Una mirada a la educación literaria*. Octaedro, 2009.
- Arlandis, Sergio, y Agustín Reyes-Torres. *Textos e interpretación: introducción al análisis literario*. Anthropos, 2013.
- Aullón de Haro, Pedro. *Estética de la lectura. Una teoría general*. Verbum, 2012.
- Bassa i Martín, Ramón. *Literatura infantil, missatge educatiu i intervenció socio-educativa*. Palma: Universitat de les Illes Balears / Fundació Barceló, 1995.
- Bauman, Zygmunt. *Los retos de la educación en la modernidad líquida*. Gedisa, 2007.
- Bermejo, Amalia. *Para saber más de literatura infantil y juvenil: una bibliografía*. Asociación Española de Amigos del Libro Infantil y Juvenil, 1993.
- Bertuccelli, M. *Qué es la pragmática*. Paidós, 1993.
- Bortolussi, Marisa. *Análisis teórico del cuento infantil*. Alhambra, 1985.

- Bravo-Villasante, Carmen. *Historia de la literatura infantil española*. Editorial Escuela Española, 1985.
- Bryant, Sara C. *Com explicar contes*. Biblària, 1996.
- Cano, Isabel, y Pablo Barrena, coord. *El continente americano en los libros infantiles y juveniles*. Asociación Española de amigos del Libro Infantil y Juvenil, 1991.
- Cano Vela, Ángel Gregorio, y Cristina Pérez Valverde, coords. *Canon, literatura infantil y juvenil y otras literaturas*. Universidad de Castilla La Mancha, 2003.
- Carandell, José María. "La Literatura Infantil." *Camp de l'Arpa*, vol. 34, 1976, pp. 19-24.
- Cavallo, Guglielmo, y Roger Chartier, eds. *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Taurus, 2001.
- Cendán Pazos, Fernando. *Medio siglo de libros infantiles y juveniles en España (1935-1985)*. Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1986.
- Cerrillo, Pedro. "Literatura infantil y universidad." *Literatura infantil*. Coord. Pedro Cerrillo y Jaime García Padrino. Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1990, pp. 11-19.
- . "La literatura infantil de tradición oral en el fin de siglo." *Literatura infantil y lectura en el fin de siglo (1898-1998)*. Ed. Ramón F. Llorens García. Universidad de Alicante / Caja de Ahorros del Mediterráneo, 2000, pp. 41-53.
- Cerrillo, Pedro, y Jaime García Padrino, coord. *Literatura infantil*. Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1990.
- Cervera, Juan. *Historia crítica del teatro infantil español*. Editora Nacional, 1980.
- . "En torno a la Literatura Infantil." *Cauce*, vol. 12, 1989, pp. 157-168.
- . "Problemas de la literatura escrita para niños." *Literatura infantil*. Coord. Pedro Cerrillo y Jaime García Padrino. Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1990, pp. 67-84.
- . *Teoría de la Literatura Infantil*. Universidad de Deusto, 1991.
- Colomer, Teresa. *Introducción a la literatura infantil y juvenil*. Síntesis, 1999.
- . "La evolución de la literatura infantil y juvenil en España." *Bookbird*, vol. 48, no. 3, 2010, pp. 1-8.
- Eco, Umberto. *Lector in fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo*. 3ª ed. Lumen, 1979.
- Epin, Bernard. *El poder de leer*. Gedisa, 1978.
- Escandell, María Victoria. *Introducción a la pragmática*. UNED, 1993.
- Even-Zohar, Itamar. "La Función de la literatura en la creación de las naciones de Europa.", *Avances en Teoría de la literatura: Estética de la Recepción, Pragmática, Teoría Empírica y Teoría de los Polisistemas*. Ed. Darío Villanueva. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, 1994, pp. 357-377.
- Fernández López, Marisa. "Canon y periferia en literatura infantil y juvenil: manipulación del medio visual." *Contribuciones al estudio de la traducción de literatura infantil y juvenil*. Lourdes Lorenzo, Ana Mª Pereira, y Veljka Ruzicka. Dossat, 2002, pp. 13-42.

- García Padrino, Jaime. *Así pasaron muchos años...* (En torno a la literatura infantil española). Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2001.
- . *Formas y colores: la ilustración infantil en España*. Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2004.
- Held, Jacqueline. *Los niños y la literatura fantástica. Función y poder de lo imaginario*. Paidós, 1987.
- Hürlimann, Bettina. *Tres siglos de literatura infantil europea*. Juventud, 1968.
- Iglesias Santos, Montserrat, coord. *Teoría de los polisistemas*. Arco/Libros, 1999.
- Janer Manila, Gabriel. *Literatura infantil i experiència cognitiva*. Pirene, 1995.
- Jauss, Hans Robert. *La literatura como provocación*. Península, 1976.
- Lorenzo, Lourdes, Ana M^a Pereira, y Veljka Ruzicka. *Contribuciones al estudio de la traducción de literatura infantil y juvenil*. Dossat, 2002.
- Lluch, Gemma, coord. *Invencción de una tradición literaria (De la narrativa oral a la literatura para niños)*. Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2007.
- Mayoral, José Antonio. *Estética de la recepción*. Arco, 1987.
- Mendoza, Antonio. *El intertexto lector. El espacio de encuentro de las aportaciones del texto con las del lector*. Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2001.
- . *La educación literaria. Bases para la formación de la competencia lecto-literaria*. Ediciones Aljibe, 2004.
- Myers, Edgard D. *Education in the Perspective of History*. Harper, 1960.
- Pagès Jordà, Vicenç. *De Robinson Crusoe a Peter Pan. Un cànon de literatura juvenil*. Proa, 2006.
- Pozuelo Yvancos, José María. *La teoría del lenguaje literario*. Cátedra, 1998.
- Propp, Vladimir. *Morfología del cuento: seguida de las transformaciones de los cuentos maravillosos*. Fundamentos, 1974.
- Reyes, G. *La Pragmática Lingüística*. Montesinos, 1990.
- Rico, Lolo. *Ensayo sobre literatura infantil*. Alhambra, 1986.
- Rodari, Giani. "Nuevas maneras de enseñar a los niños a odiar la literatura". *Educación y biblioteca*, vol. 138, 2003, pp. 18-22.
- Rodríguez Almodóvar, Antonio. *Los cuentos populares o la tentativa de un texto infinito*. Universidad de Murcia, 1989.
- Sánchez Corral, Luis. "(Im)posibilidad de la literatura infantil: hacia una caracterización estética del discurso." *Cauce*, vol. 14-15, 1992, pp. 525-560.
- . *Literatura infantil y lenguaje literario*. Ediciones Paidós, 1995.
- Saussure, Ferdinand de. *Curso de lingüística general*. Akal, 1980.
- Seve Calleja, Xavier Monasterio. *Estudio de los libros infantiles en Euskera*. Ediciones Mensajero, 1985-1986.
- Soriano, Marc. *Guide de littérature pour la jeunesse*. Flammarion, 1975.
- Teixidor, Emili. "Literatura juvenil: las reglas del juego." *Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil*, vol. 72, 1995, pp. 8-15.

- . "La literatura juvenil, ¿un género para adolescentes?" *Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil*, vol. 133, 2000, pp. 7-15.
- Tejerina Lobo, M^a Isabel. *Dramatización y teatro infantil: dimensiones psicopedagógicas y expresivas*. Siglo XXI, 1994.
- Warning, Rainer, ed. *Estética de la recepción*. Visor, 1989.
- Wyneken, Gustav. "Las antinomias centrales de la pedagogía." *Ideas pedagógicas del siglo XX*. Ed. Lorenzo Luzuriaga. Losada, 1968, pp. 53-62.